

mal. La tercera semana debe consagrarse á completar las dos anteriores, y conseguir la conformidad completa con los disgustos, penalidades, dolores, afrentas de este mundo. La cuarta semana debe alcanzar el perfecto amor religioso y concluir por la evaporacion y disipacion del sentimiento, del alma, del sér todo entero en los senos del Eterno, como se disipa la nube de incienso y mirra en los giros del aire.

Ignacio quiere convertir al pobre pecador pegado á la tierra en místico ángel de los cielos, como convierte la primavera en mariposa la oruga. No le importa que sus errores sean muchos y muchos mas sus pecados con tal de que sea mucha la resolucion de sujetarse á las constituciones y reglas de los piadosos ejercicios. Convendrá de seguro al ejercitante una posicion libre de mundanales cuidados y una salud libre de continuos achaques. La distribucion mas minuciosa del tiempo está de antemano apercebida y señalada en escrupulosos arreglos, y en premeditados y detalladísimos planes. El principio de autoridad es la base y la cúpula de organizacion tan complicada y de procedimientos tan prolijos. El educando ha de someterse á un director espiritual, quien le dirá si está en condiciones propias para comenzar los ejercicios, cuya duracion puede reducir, si quiere, de los cuarenta dias prescritos á treinta. Nada de comercio con las gentes; soledad completa: nada de vivir en el mundo; retiro absoluto. Cuatro, por lo menos, horas del dia en los momentos que escoja el educando á su arbitrio, debe durar la meditacion interior. Y una hora por la noche, hora la mas saludable y necesaria, porque así el silencio como la vigilia convidan al interior del hombre á salirse de sí mismo y á derramarse como un vaso rebosante de bálsamos y esencias en los espacios de la eternidad. Dos cuartos de hora, diurno el uno y antes de comer, nocturno el otro y antes de acostarse, han de bastar para el recuerdo de la vida pasada y el escudriñamiento de los interiores é intimidades mas profundas de la conciencia. Si la distraccion viniera, y como secuela de tal estado la necesidad de apelar á la lectura, solo dos libros pueden y deben recomendarse á un verdadero educando, el libro de los Evangelios, en cuyas páginas ha de aprender la vida y la pasion y la muerte de Jesus, y el libro de la *Imitacion*, en cuyas páginas ha de seguirlo de tal suerte, que lllore como él lloró, que padezca como él padeció, y si es necesario, muera por él en la

cruz del dolor y del arrepentimiento como él murió por nosotros, en la cruz del Calvario. Cuando la lectura disguste, habrá de irse el iniciado á la Iglesia; y cuando, dentro de la Iglesia misma, le asalten el cansancio y el hastío, habrá de arrojarse á los piés del confesor y encontrar en una nueva confesion general su consuelo. Segun lo pidan las necesidades varias del cuerpo y los varios afectos del alma y el reclamo de las pasiones y el achaque de los temperamentos, habrá que pasar de la meditacion á la penitencia, de la luz á las sombras ó de las sombras á la luz, buscando contrastes tales, que al metido, por ejemplo en una celda húmeda y fria, donde los huesos y las calaveras se amontonen, recordándole todas las lacerias de la muerte, habrá que sacarlo de súbito á un jardin poblado de flores, las cuales huelan, y de aves, las cuales canten, para mostrarle toda la sensualidad y todo el placer de la vida. A pesar de que las semanas deben tener diez dias, conviene acortarlas ó alargarlas, segun que los fines de cada semana se cumplen, y los bienes en ella contenidos se allegan. Para el resistente á la gracia puede la primera semana durar mas ó menos; para el incierto en sus vocaciones puede durar mas ó menos la segunda; pero existe la seguridad siempre de que las dos semanas complementarias se cumplan cuando en las antecedentes, el pecador se ha propuesto purificar la vida íntima de su espíritu é inscribirse como recluta en las milicias de Cristo.

Parece imposible que obra de tanta monta, como la meditada y escrita por San Ignacio, contenga tal número de minucias y detalles, conducentes, todos ellos sin excepcion, al completo logro del principal intento. Advierte primero que los cánones del código suyo no se han trazado para leídos, sino para practicados. Y como practicables y prácticos, precisa naturalmente atender á las condiciones del enfermo, á su complexion, á su naturaleza íntima é interior, á sus ocupaciones, á su estado, con tal que tenga un director espiritual encargado de iniciarle, de sostenerle, de instruirle, y en cuyas manos esté la clave de todos estos misteriosos ejercicios. San Ignacio dice con San Bernardo, que Dios ha señalado siempre sus mayores misericordias y ha escogido siempre como sus predilectos siervos á los que han consagrado su existencia individual enteramente á la soledad y al retiro. En la soledad del Sinaí ardieron las zarzas, relampaguearon las cumbres, y recibió Moisés, arrodillado sobre



sus breñas como sobre una ara santa, el depósito de la divina ley; en la soledad del Carmelo, á la sombra de aquellos cedros seculares, mudos testigos de tantas centurias, y en el seno de aquellas cavernas donde las águilas reposan, recibió Elías el carro de fuego en que recorre los espacios y el espíritu divino que derrama en sus misteriosas palabras; en la soledad del desierto recibió Juan su carácter de Profeta y su virtud para preparar las vías destinadas al que habia de venir como redentor de los hombres; en la soledad del Cenáculo escucharon los apóstoles reunidos los aleteos del Espíritu Santo y recibieron aquellas lenguas de fuego que les dotaron con la virtud de hablar á todas las gentes y de ser por todas las gentes comprendidos; que nada tan fecundo, tan pródigo, tan feraz en ideas, como las misteriosas soledades en que llega el alma humana, sin que objetos extraños se interpongan, á recrearse y rehacerse, por una serie de increíbles milagros, en la extática contemplación de sí misma. Cualquiera que sea el alma, necesita los ejercicios: si buena, para conservar la virtud; si pervertida ó enferma, para recobrarla. Solo pide Dios dos cosas en el retiro y apartamiento espiritual, solo pide que se recoja el alma en sí misma y que se someta y enterezca el corazón.

Entramos en la primera semana. La principal idea que debe alcanzar al hombre, ¡oh! es la idea de su destino y de su fin. Todos hemos nacido para servir y amar á Dios en el mundo y gozar de su presencia en la gloria. Tres grandes verdades fundamentan todos los ejercicios y abren todas las meditaciones. El mortal debe decir que viene de Dios, que va hácia Dios y que pertenece á Dios. Por siglos de siglos el último de los átomos, el mas inundo y asqueroso, ha valido mas que nuestro corazón y que nuestro cerebro, por ser y por existir, mientras nosotros ni éramos ni existíamos. Hace cien años, ninguno de los mortales hoy vivos, ni el mayor ni el mejor, ni el mas poderoso, ni el mas sabio, sentia, pensaba, queria; ninguno, como sumido en las tinieblas profundas del no ser. Dios nos ha dado esta existencia tan cara, este placer de la vida tan grande; y al levantar y erigir nuestro esqueleto sobre este gran pedestal de la tierra, le ha puesto en el cerebro una inteligencia para que lo conozca, y en el pecho un corazón para que lo ame. Consideremos que Dios nos ha creado por un impulso de su amor; que todo el movimiento de su voluntad para crearnos ha sido tan extenso como

Él mismo; que al sacarnos de la nada por un milagro de su amor, nos ha preferido y aventajado á innumerables seres posibles y nos ha hecho la mas noble, la mas inteligente, la superior entre todas las criaturas terrestres; que no contento con habernos criado, nos sostiene con su aliento, nos ilumina con sus inspiraciones, nos acorre en las necesidades, nos salva en los peligros y reproduce todos los dias en nosotros y por nosotros, y para nosotros el milagro de la Creación. Cada hombre, pues, pertenece á Dios, quien, pudiendo no haberlo sacado de la nada, tiene sobre todo el hombre un dominio esencial; conservándolo en la superioridad de la jerarquía de todos los seres, un dominio supremo; disponiendo como Criador de las criaturas á su arbitrio, un dominio absoluto; estando todo en él y él en todo, un dominio universal; siendo sin principio ni fin, un dominio externo; y hallándose al mismo tiempo en todas partes, un irresistible é incontrastable dominio. Dios no es solamente el principio del hombre, Dios es también su fin. Como quiera que es infinitamente perfecto, no ha podido crearnos, sino para su eterna glorificación. Nuestra fe nos dice que como Dios lo ha hecho todo para sí mismo, también para sí nos ha hecho á nosotros; nuestra razón nos dice que ha puesto una serie de relaciones necesarias entre nuestras facultades y su objeto que es la verdad divina; las criaturas nos dicen que son demasiado débiles y están demasiado enfermas, para fin de todo lo creado, cuando el fin de lo creado se halla en lo increado; el corazón nos dice que ha sido hecho para la felicidad completa, la cual se halla en la posesión incesante y continua y eterna del objeto amado; la experiencia por último nos dice que solo se halla reposo en la vida cuando conserva la fidelidad á Dios. Conocerlo, amarlo, servirlo, hé ahí todos nuestros deberes. ¡Deber! Palabra misteriosa que quiere decir tanto como necesidad. Y no es necesario que yo tenga un nombre, un poder, una fuerza, una gran riqueza en el mundo, una gran fama en el tiempo, pero es necesario, indispensable, irresistible que yo sirva á Dios. Tales son las tres meditaciones de San Ignacio. La primera representa un acto de adoración y de sumisión; la segunda un acto de arrepentimiento del pecado y de amor á Dios; la tercera un acto de resolución y de voluntad para confundirse con Dios.

Así era la primera meditación, veamos cómo era la segunda. Natural-



mente, reconocida la existencia de la humana criatura, no podia desconocer no, la existencia de las demás especies creadas. Todo lo creado ha sido dispuesto para el hombre, á fin de que le sirva de medio y órgano para cumplir sus fines. Todos los séres han salido, como el hombre, de la nada, pero subordinados todos al que ha tenido la honra singular de aparecer, aunque criatura mortal, como imágen viva é inmortal de su divino Creador. Glorificarlo como lo glorificamos nosotros, pero carecen de inteligencia para conocerlo y de voluntad para seguirlo y de corazón para amarlo. Puesto que todas las criaturas tienen el mismo origen, todas tienen el mismo Criador, y como vienen de Dios, á Dios pertenecen también. Usemos, pues, de las criaturas, ateniéndonos al orden universal divino, y por lo mismo, con una clara idea de nuestra dependencia; utilicémoslas á nuestros gustos y á nuestros fines, pero con reconocimiento, como pobres que reciben de Dios una limosna. Vivamos de su vida si es preciso; pero con temor de corromperlas y adaptarlas mas á los goces transitorios de nuestra carne que á los fines morales del espíritu. El hombre no puede poner el fin de su vida y el término de sus aspiraciones en las criaturas, porque las divertiría del objeto para que las creara Dios, haciéndose reo de pecado contra todas ellas y usurparía las atribuciones y facultades divinas, haciéndose reo de pecado contra el Criador. El hombre, nacido para conocer, amar, servir y gozar á Dios, encuentra en las criaturas todos los medios de cumplir los destinos que se ha granjeado con su nacimiento, pues las criaturas le dicen con el orden y armonía de sus especies y de sus esferas la omnisciencia del Criador; con su vida y con su movimiento la infinita bondad; con la obediencia y sujecion al orden divino la necesidad de la humana servidumbre y del humano servicio; no habiendo una sola que no sea motivo para dedicar á Dios algun loor, ni ocasion para ejercer alguna humana virtud. Debemos, pues, tener una grande indiferencia respecto á todas las cosas creadas, no dando gran valor á la salud sobre la enfermedad, á las riquezas sobre la miseria, al honor sobre la humillacion, á la vida larga sobre la vida breve. Todos los séres nos han sido dados para que usemos de ellos, para que de ellos nos sirvamos; y si de nosotros se apartan, en vez de cooperar á la humana obra, sin duda es porque los separamos de su fin divino y universal, para constreñirlos á servir nues-

tros fines particulares. Si no es el hombre á las cosas criadas indiferente, las sustrae al divino dominio, las prefiere al Criador y desconoce por completo su propio fin, el cual estriba en despreciar todo aquello que no sea Dios mismo. Sin esta indiferencia suprema, el hombre no tendrá las necesarias aptitudes para el sacrificio; no conservará la limpieza de alma y cuerpo indispensable al cumplimiento de sus deberes morales; y suscitará las asechanzas del mundo, del demonio, de la carne, que por do quiera le ofrecen y presentan los mas horribles peligros. Usemos las criaturas acordándonos de que Dios las ha criado; huyamos al usarlas de todo cuanto pueda de Dios separarnos; y seamos para ellas indiferentes á fin de que ningun amor nos tiente mas que el amor divino y ningun gusto nos posea mas que el gusto anticipado de nuestra ulterior bienandanza. Esta indiferencia es como la base de toda la doctrina jesuítica.

La vida toda, segun el sentir de Ignacio, debe consagrarse á la meditacion, mientras haya necesidad de aperebirse al cumplimiento y término de los ejercicios que inician en el verdadero ser y estado religioso. El entendimiento debe dividir los actos diarios como si dividiera los términos de una serie y los factores de una doctrina ó de un sistema. La voluntad debe mover los buenos deseos; los sentidos deben dirigirse al mismo fin. Poco antes del comienzo, y á una corta distancia del sitio de las meditaciones, hay que invocar y evocar á Cristo, creyendo que nos mira; y hay que sujetar todos los actos de la voluntad á la glorificacion de Dios, ejercitando la memoria en el recuerdo de los misterios, y la fantasía en su resurreccion, y poniendo hasta el cuerpo mismo en tal actitud, que responda por completo á lo sublime de todo cuanto se piensa y de todo cuanto se ejecuta en estos piadosos tiempos.

Ignacio, con su entendimiento agudo y escolástico, divide y separa la meditacion de la contemplacion. Aquella es la primera y esta la segunda operacion de un espíritu dedicado á iniciarse por sí mismo en la verdadera vida religiosa. Por la meditacion ejercítanse con preferencia las facultades intelectuales; por la contemplacion ejercítanse con preferencia los sentidos carnales. Por la meditacion se ven las ideas en sí mismas; por la contemplacion se ven las ideas en sus formas y relieves externos y cual si fueran objetos sensibles y palpables. El empleo de dos facultades capitales exige Lo-